

Concentrados enojos que rebajen
Este infierno feliz de sed y calma.

Dime que se abre para mí anchuroso
Tu corazón, como sagrado abismo
Donde sucumbe para siempre odioso
El olvido, que en lóbrego reposo
No tiene ni calor para sí mismo.

Yo sé que es bajo lo que tú no amas,
Y sé que no merezco tus caricias :
Mas con el mismo fuego en que me inflamas,
De carbón á diamante tú me llamas
Y me unges con la luz de tus delicias.

Aun yo propio me envidio cuando en horas
De confidencia entre los dos, sorprendo
Tus miradas cerúleas y traidoras,
Miniaturas de espléndidas auroras,
Cascadas de pasión en mí vertiendo.

El corazón enfermo del poeta
Ama con toda la pasión de Otelo,
Sufre como el amante de Julieta
Y ata en su fe de voluptuoso asceta
La dicha al llanto y la mujer al cielo.

Mi corazón, tan corto de expresiones,
Es un mundo de eróticos arcanos
Donde caben eternas emociones,
Donde aguardan, cual teclas, las pasiones
El calor y el impulso de tus manos.

JULIO FLÓREZ

(VÉASE LA PÁGINA 359 DEL TOMO I)

AURORA

Huye la sombra. El pálido horizonte
De ondas de luz purísima se anega,
Y por encima del andino monte
La hermosa rubia á sus dominios llega.

Y se mece en hamaca de neblinas,
Casi desnuda en el azul del cielo,
Desgarrando sus gasas purpurinas
Sobre los blancos témpanos de hielo.

Mece el árbol la copa somnolenta ;
Las hojas lucen brilladora escarcha,
Y allá arriba, do ruge la tormenta,
La luz prosigue su infinita marcha.

De la choza del rudo campesino,
Como buscando incógnitas regiones,
Suben, en impalpable remolino,
Con el humo sutil, las oraciones.

Yérguese el toro en la feraz llanura
 Con el testuz cubierto de rocío,
 Blanco vapor de su nariz obscura
 Brota y se expande en el ambiente frío;

Y muge; de la límpida mañana
 El aire fresco sus pulmones hincha,
 Mientras que el potro en la extensión lejana
 Revuélcase, incorpórase y relincha.

Tiemblan los nidos: las desnudas rocas
 Dóranse al esplendor de la alborada,
 Y abren las nubes, como azules bocas,
 Franjas de cielo en la extensión callada.

Entre las ramas del follaje umbrío
 Frases de amor arrullan las palomas;
 Y en el césped, cuajado de rocío,
 La flor revienta en explosión de aromas.

Zumba el insecto; la sonora fuente
 Murmura alegre y su raudal dilata;
 Y ruge altiva, en rápida pendiente,
 De peñón en peñón la catarata.

Hínchase el lago á la primer caricia
 Del aura flébil que en los juncos ora,
 Y saborea, con sensual delicia,
 Los castos besos que le da la aurora.

Allá lejos, soberbio y palpitante,
 Lucha el mar con las rocas de granito;
 El mar, ese colérico gigante
 Que amenaza y atruena al infinito.

La violeta se esconde, y ya despierto
 Se empina el girasol; ríe la rosa,
 Y parece el clavel, rojo y abierto,
 Ascua movible entre la selva hojosa.

Y en tanto que sacude el ala fría
 El céfiro en el cáliz de las flores,
 Parece el bosque, al despuntar el día,
 Jaula inmensa de alados trovadores.

Teñidas de carmín y de topacio
 Flotan las nubes en la aguda sierra;
 ; Todo se baña en luz en el espacio!
 ; Todo respira amor sobre la tierra!

Ya tras el ancho cortinaje denso
 De blancas nieblas y opalinas brumas,
 Asoma el sol en el espacio inmenso
 Cual barco de oro en piélagos de espumas

Y se eleva dorando los pensiles,
 Que esparcen sus balsámicos efluvios,
 Al descender sus rayos cual sutiles
 Hebras flotantes de cabellos rubios.

Y avanza, avanza, y las inquietas nubes
 Al recoger los gayos esplendores,
 Se convierten en pálidos querubens
 Que á hundirse van en mares de colores.

La aurora tiembla, el sol la mira y posa
 Un ósculo en su cuerpo nacarado;
 Ella lo envuelve en su fulgor de rosa
 Y se extingue en la hoguera de su amado.



MEDIO DÍA

Deslumbra el sol en la mitad del cielo;
Mares de luz desde el cenit envía,
Y ante su rayo abrasador, el hielo,
Se torna en llanto en la montaña umbría.

Es hora del trabajo; en las ciudades
Recomienzan los hombres sus tareas;
Y el humo entre infinitas claridades
Brotta de las negruzcas chimeneas.

En los lagos las náyades á solas
Flotan cual sobre piélagos de llamas,
Y los peces ostentan en las olas
El oro y el azul de sus escamas.

Óyese el rudo golpe del martillo
Sobre el ascua que cruje y que se queja;
Y en los prados la voz del caramillo
Hace dúo al balido de la oveja.

Arde la tierra; el ave se guarece
Bajo las verdes y tupidas frondas,
El trigal brilla y ante el sol parece
Sordo huracán de cabelleras blondas.

Hunde el gañán la deslumbrante azada
En el surco que el rojo sol caldea,
En tanto que á su frente retostada
De sus cabellos el sudor gotea.

La brisa abochornada finge amores
Y se aquieta y se esconde en los pensiles;
Se oyen besos de aromas en las flores
Y rugidos de amor en los cubiles.

Besa una flor la abeja; el delicioso
Néctar la flor le da con embeleso,
Y la abeja borracha y sin reposo
Va en busca de otra flor y de otro beso.

Es hora del calor; vagos efluvios
De lujuria dan brío á las faenas;
La luz arde en los cielos en diluvios,
Y en diluvios de fuego arden las venas.

Ansias incomprensibles se desbordan
De los vírgenes senos; flotan mares
De luz en las pupilas, y se asordan
En el fondo del alma los pesares.

Bullen las savias; los retoños nuevos
Revientan en las vírgenes montañas;
Se estremecen las aves en los huevos...
Y sacuden los fetos las entrañas.

Las fieras en sus hórridas guaridas
Los músculos se oprimen temblorosas,
Y se lamen las jetas sonreídas
Y se palpan las garras espantosas.

El turbulento y plateado río
 Hierve y levanta sus convulsas olas,
 Y aunque azota las márgenes, bravío,
 Por besarlo se inclinan las corolas.

En el desierto el caminante busca
 El oasis que brinda sombra y calma,
 Mientras que el sol canicular chamusca
 Las polvorientas hojas de la palma.

Los amantes se ocultan en la sombra
 De los frondosos árboles, y luego....
 Se recuestan del césped en la alfombra
 Y hacen vibrar sus ósculos de fuego.

¡ Cómo brillas, oh sol esplendoroso !
 No hay una nube que tu rayo quiebre ;
 Tú la vida difundes, ¡ oh coloso !
 Pero avanza... ¡ Natura tiene fiebre !



JORGE ISAACS

Y lo besó en la frente la pálida, la mustia,
 La que amorosa extingüé con besos sin calor,
 El íntimo sollozo de la suprema angustia,
 La lágrima postrera y el último dolor.

Entonces la cabeza dobló tranquilamente,
 Cerró los turbios ojos cansados de llorar,
 Y huyeron en bandadas los sueños de su mente
 Y el corazón del bardo cesó de aletear.

Su espíritu radiante dejó la carne, y puro
 Como el primer celaje del rubio amanecer,
 Con los perfumes acres del viejo monte oscuro
 Voló... y en lo infinito se vió desaparecer.

Oyéronse rumores y risas de querubes
 Y de la fresca aurora bajo el pomposo tul,
 Sus clámides rasgaron las soñolientas nubes
 Formando un arco inmenso de claridad azul.

Y allí surgió entre blandos é idílicos cantares
 Un ángel... ¡ más que un ángel!... la novia de Efraín
 Con su vestido blanco cubierto de azahares
 Y de sonrisas llenos los labios de carmín.

Tendió las níveas manos hacia la tierra, y luego
 Ciñó algo con sus brazos del cielo en el zafir....
 Y de su boca ardiente cayó una flor de fuego,
 Tal vez la flor... de un beso que nadie pudo oír.

Cerráronse las nubes; al sepulcral abismo
 Fué el cuerpo del poeta la vida á elaborar;
 Y al cabo... como siempre quedó todo lo mismo:
 La flor, la brisa, el ave, la tierra, el cielo, el mar.



JOSÉ RIVAS GROOT

Nació en Bogotá el 23 de Marzo de 1864. Allí comenzó su educación, que completó luego en Europa. Rivas Groot es uno de los jóvenes que se han dedicado con más provecho en Colombia á los estudios literarios. Su primera poesía, *Canto á Bolívar*, fué laureada en el concurso que se abrió en celebración del centenario del Libertador. Á nuestro ver, *Constelaciones* en su mejor composición poética.

CONSTELACIONES

EL HOMBRE

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
 Mirando hacia la tierra desde la comba altura,
 ¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
 Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

LAS CONSTELACIONES

¡Oh soñador, escúchanos! ; Escúchanos, poeta!
 Escúcha tú, que en noches de oscuridad tranquila
 Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
 La súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escúcha tú, poeta, que en noches estrelladas
Cual bajo augusto templo descubres tu cabeza
Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al Hombre. Su mente y nuestra
[lumbre
Hermanas son. Por siglos de compasión, existe
En astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
Luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos
Volver hacia nosotras la vista suplicante,
Tender hacia nosotras las temblorosas manos;

Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
Oasis donde saltan aguas de vida eterna;
Ya llega, llama, — y sale con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas vimos trocarse en lodo;
Vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
Es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa;
El ideal anhela, requiere lo infinito,
Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al Hombre, que lumbre y lodo en-
Mirarnos desde abajo con infinito anhelo; [cierra,
Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
Tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames—condule tu lamento:
Poeta, no nos mires—nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
Tus ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
Con íntima dulzura miramos pesarosas,
Nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas,
Nosotras—las radiantes—vuestras oscuras fosas.

EL HOMBRE

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo á solas
El mar con sus olajes, la tierra con sus hombres;
¿Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?
Decid, astros presentes á todo sufrimiento;
La ola evaporada forma un cendal de nube,
¿Y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco á todo canto;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
Y como incienso humano que abrasa un fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos á todo cuanto existe;
Y expirarán, en medio de hielos y amargura,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis, ¡oh estrellas! en el postrero día....
 Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
 Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
 Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.



LA NATURALEZA

(Á MI PADRE)

LA NATURALEZA

¡ Hijo, escucha mi canto! Yo soy la Madre Tierra,
 Yo soy la eterna pródiga de vidas y de amores;
 Mi túnica en sus pliegues con majestad encierra
 La noche con sus astros, la aurora con sus flores.

Yo soy la Madre Tierra. En mí palpita el germen
 De seres que aun aguardan los siglos del futuro.
 Yo soy la Madre Tierra. En mi regazo duermen
 Los seres ya perdidos en el pasado oscuro.

Yo vierto inagotable del ánfora de vida
 El río de la savia que corre á borbotones;
 Y de mis flancos surge la selva estremecida,
 Que eleva al firmamento sus amplios pabellones.

Por mí de jugo llenos los tallos se levantan,
 Caliéntanse los nidos, se juntan las corolas;
 Y en las sagradas nupcias mi epitalamio cantan
 El himno de los cielos y el coro de las olas.

En mis altares nunca se extingue el sacro fuego :
Tras el invierno brota más vívido el retoño ;
Las flores luego llegan, y el sol candente, y luego
Henchidas se almibaran las uvas del otoño.

Á cuantos vida otorgo les brindo en mi palacio
Digna morada : al tigre las selvas tropicales,
Al ciervo negros bosques, al águila el espacio,
Y á los dorados peces, cavernas de corales.

[oscura

Y tú,— Hombre pensativo que con tu ciencia
Quieres sondar las leyes ocultas en mi arcano,—
Tú, entre los seres todos, fuiste la criatura
Á quien mejores dádivas brindó mi larga mano.

La Primavera tiende bajo tus pies su alfombra
En las musgosas grutas y los floridos prados ;
Y en el ardiente estío convídate á la sombra
De higueras soñolientas y densos emparrados.

Los lirios se deshojan por adornar tu senda ;
Á tu coyunda, mansos dobléganse los brutos :
Por ti la mies ondula, y por rendir su ofrenda,
Los árboles se doblan al peso de sus frutos.

Hijo, mi Flora es tuya : mis manos cariñosas
Tejen para tus sienas sarmientos otoñales ;
En el mullido tálamo circúndote de rosas,
Y en el sepulcro helado te cubro de inmortales.

¿ Oyes mi voz ? Tus cantos ó tu furor remeda,
Y forman eco á tu alma, serena ó agitada,
Con mecedores tumbos el viento en la arboleda
Y con gigantes ondas la mar aborrascada.

Si amas, en columpio de sueños yo te arrullo
Con las campestres notas de mi laúd sonoro ;
Y al roce de mis alas dan plácido murmullo
Las olas plateadas y los trigales de oro.

Quando la noche vierte la soporosa urna
De las serenas sombras sobre el callado mundo,
Presento á tu mirada la calma taciturna,
Sus astros, su misterio, su cóncavo profundo.

Y luego ante tus ojos, mudando las escenas,
Apunta el alba alegre que el horizonte dora,
Y como el oleaje que cubre las arenas,
Sumerge los luceros en su esplendor la aurora....

Mas ¡ ay ! ingrato y loco, me dejas, hijo mío,
Y por el mundo corres tras miseras quimeras,
Y delirante tiendes los brazos al vacío,
Y pueblas los espacios de voces lastimeras.

¿ Qué pides á los astros en súplicas ignotas ?
¿ Al Hombre de la tierra, qué le hablarán mis cielos ?
Y luego desfalleces ; y las entrañas rotas,
Regresas á mis brazos buscando mis consuelos.

Entonces, abrigando tu frente helada y mustia,
Te brindo muelle lecho para tu cuerpo herido,
La paz de lo inmutable tras la febril angustia,
Y en mi regazo eterno los sueños del olvido.

EL HOMBRE

¡ Oh gran Naturaleza, que Madre Tierra un día
Llamó quien profanara de madre el santo nombre,
Tú siempre indiferente, siempre callada y fría
Te muestras á las ansias indómitas del Hombre !

¡Oh gran Naturaleza! tus olas encrespadas,
Tus hórridos abismos, tus atrevidas rocas
Al Hombre le opusiste: la sombra á sus miradas,
Y tus silencios graves á sus preguntas locas.

De tus entrañas salgo famélico y desnudo,
Y trémulo, encorvado, debo empapar el suelo
Con el sudor y el llanto; para el trabajo rudo
Nací, como nacieron tus aves para el vuelo.

¡Oh Tierra! no distingues los ayes de los cantos;
La cava de las tumbas, de rústicas labores;
Ni al hijo que se entierra regado con los llantos,
Del grano que se siembra mojado con sudores.

Soñando con tus dádivas, el sembrador escoge
Un campo, y labra, y suda sobre las anchas eras;
Y al cabo le regalas, para llenar su troje,
Con enfermizos pámpanos y con espigas hueras.

Y el campo misterioso de la callada muerte,
Donde entre amadas sombras por último dormimos,
Profana en sus orgías, tu mano lo convierte
En campo de altas mieses y cárdenos racimos.

Si á ti nos acogemos, con rabia nos sacudes,
Guardando tus furores volcánicos despiertos:
Y si tus senos buscan hambrientas multitudes,
Te imploran, y se abaten llorando en los desiertos.

Sobre nosotros vierte tu colosal clepsidra
La escarcha, el rayo, el viento, la nieve de las
[cumbres
Y el soplo de la peste, que transformado en hidra,
Con sus anillos diezma las vastas muchedumbres.

Tu voz, en montes y ondas, es grito que amedrenta,
Clamor de estrago, trueno de omnipotencia brava;
Y con tartárea cólera tu enorme boca ostenta
Espuma en tus Océanos, en tus Vesubios lava.

Y luego, como restos de aquellos tus festines,
Los blancos esqueletos se tienden colosales
De una Pompeya triste volcada entre jardines
Y de una muda Nínive perdida entre arenales.

Y si indignado clamo al ver tus elementos
Cubrir los horizontes de piedras funerarias,
El huracán, mofando, se lleva mis acentos,
Y el taciturno espacio devora mis plegarias.

De hinojos interrogo la bóveda sombría
Que alumbras tristemente con pálidas estrellas;
Y sube, y sube trémula la voz de mi agonía,
Llevando de astro en astro las místicas querellas.

Mas no levanta un eco la religiosa queja:
Todo es misterio y sombras en tus callados cielos;
Los astros, mudas cifras; la Cruz del Sur semeja
La equis de esa incógnita que ocultas con tus velos.

¿Dónde el materno arrullo? ¿En dónde tu sereno
Abrigo? ¿ó las respuestas á mi angustiado grito?
Abajo, el terremoto, la peste, el hambre, el trueno;
Arriba, la implacable mudez del infinito.

¡Qué sorda, oh Madre Esfinge, á mis febriles dudas!
¡Cómo al dolor ofende tu imperturbable calma,
Cuando, las alas rotas contra tus leyes rudas,
Palpita en mí, como águila en su prisión, el alma!

Y á par del alma, hieres la carne : en la pupila
Vas opacando, noche tras noche, los destellos ;
Otoño tras otoño, cansado el pie vacila ;
Invierno tras invierno, argentas los cabellos.

Y en vano huyo tus leyes de muerte y exterminio ;
Yo sé que tú me sigues, yo siento con espanto
Que tú, doquiera oculte mi cuerpo á tu dominio,
Sujetas con tu garra la orla de mi manto.

[toscas
¡ Qué abrazo el tuyo, oh Tierra ! Entre tus garras
Destruyes, nervio á nervio, los miembros infelices,
Nos tragas en la tumba, y allí cruel enroscas
Al corazón llagado tus ávidas raíces.

¡ Y al fin soy tuyo, oh Tierra !... Tras amarguras
Descenderé á tu seno, cansado peregrino ; [tántas
Y entregarás mis venas al jugo de tus plantas,
Y volverás mis huesos al polvo del camino ;

Y absorberá mi nombre tu olvido indiferente,
Y borrará tu mano mis fugitivos rastros,
Y tú alzarás por siglos, joven eternamente,
El himno de tus olas y el himno de tus astros....

[rrumba, —
¡ Mas no tendrás, — oh Tierra, do todo se de-
El Alma, que rindiendo su carga abrumadora,
Abre las grandes alas á orillas de la tumba,
Y sube á los espacios de la inmortal Aurora !



FRANCISCO A. GUTIÉRREZ

Nació en Bogotá el 18 de Julio de 1848. Á causa de estar entregado á labores de otro orden, no ha escrito mucho, pero su *Meditación* basta para probar que es poeta inspirado.

MEDITACIÓN

AL SEÑOR DIEGO FALLON

Ero mors tua, o mors.

La luna sobre el monte se levanta,
Con blanda luz los valles ilumina,
Y hacia el Ocaso con ligera planta
Por el azul profundo se encamina.

No muere como el sol que en Occidente
El regio lecho con su lumbre dora,
Sino apenas de nácar levemente
Las nubecillas pálidas colora.

Consumirse en silencio es el destino
De una vida de amor pura y modesta.
Así el astro, acabado su camino,
Desaparece tras lejana cresta.

Cuando la noche brinda su misterio
Es dulce ¡oh luna! con tu luz dudosa,
Errando por cristiano cementerio,
Los muertos visitar fosa por fosa.

Cuando oramos allí, llega á su oído
El ruego por el labio pronunciado,
Cual llega al labrador adormecido
El rumor apacible del sembrado.

¡La muerte tantos vínculos desata,
Tantos seres que amé mirar no puedo,
Que á veces pienso que mi amor los mata
Y de amor á los vivos tengo miedo !

Quiero dormir el sueño de la tumba
Bajo estos mismos árboles sombríos,
Quiero un lugar allí cuando sucumba,
Porque entre ellos estoy entre los míos.

¡ Oh sombras ! todo en vuestro asilo triste
Á la esperanza torna el pensamiento :
La cruz de leños que la grama viste
Y la inscripción del rico monumento.

Todo dice — esperad. ¿ La luz que lanza
Del cuerpo la deshecha podredumbre,
No es emblema también de la esperanza
Que sobre el polvo inerte alza su lumbre ?

La religión vuestra ceniza fría,
Que al quebrantar la losa irá á los cielos,
Guarda como ave que el momento espía
En que los huevos rompan los polluelos.

Esperad que el sonido penetrante
De la final trompeta el aire hiera :
La carne del sepulcro se levante,
Y al acento de Dios la Muerte muera.

